

## UNA FAMILIA LEJANA

Carlos Fuentes, 1980

Edición de Grijalbo Mondadori, 1996

Alegoría sobre la unión de civilizaciones, americana y europea, simbolizada en un objeto mágico, algo así como el monolito de Kubrick: «Una superficie de una tersura incomparable, semejante a un vidrio caliente, una unidad de tal manera excelente, sin fisuras, como una poderosa gota de oro cóncavo; las manos humanas nada podían otorgarle a esa perfección que, sin embargo, no era natural; había sido confeccionada». La principal dificultad para su entendimiento es que el lector se ve enfrentado a situaciones desconcertantes que no serán explicadas hasta varias páginas después. La trama se vuelve más confusa por la mezcla de pasado y presente y la duplicidad de identidades, a lo *Cien años de soledad*. La falta de rigor en lo relatado es motivo de queja incluso para uno de los personajes: «Le escuché con cierta perplejidad, pues abundaban en su historia las faltas de sintaxis histórica, las fechas no coincidían y al cabo era difícil saber si escogía a su gusto personas y calendarios para fabricar la historia genealógica que más le acomodaba». Compensa de estos apuros la sensación de que al salir del libro uno es algo más culto que cuando entró.

### PERSONAJES

#### El narrador

Innombrado hasta las últimas páginas en las que Fuentes lo identifica consigo mismo.

#### El conde de Branly

Presentado por el narrador como «mi amigo». Es un aristócrata francés octogenario: «El siglo es mi hermano, hemos vivido juntos (...) También es mi hijo; lo precedo por cuatro años (...) He vivido todas las épocas, bellas y feas, todos los años, locos y razonables, dos guerras mundiales y una pierna herida en Dunquerque, cuatro perros, tres esposas, dos castillos, una librería fiel y algunos amigos, como usted, que se le asemejan» (10/11).

«La palidez de mi amigo no era insólita (...) La luz azulena de esta tarde temprana de noviembre iluminaba el contorno de la cabeza cana y calva» (9). «Camina derecho a pesar de su pierna lisiada» (42).

#### Hugo Heredia

Arqueólogo mexicano. Su esposa y su hijo mayor murieron dos años antes en un accidente de aviación (17/18). En sus viajes lo acompaña su segundo hijo, Víctor, con quien comparte una curiosa afición a la homonimia, transformada en competición: dondequiera que van buscan en la guía telefónica personas que se llamen igual que ellos, ganando el que encuentra una coincidencia (30/...). El mismo Hugo explica su vida en el capítulo XX que lleva su nombre por subtítulo.

#### Víctor Heredia

Hijo de Hugo, tiene doce años. Es «un niño con los ojos claros y la tez oscura, que aún salta puerilmente» (20). Acostumbra azotar a los sirvientes de las casas donde es invitado (22-30).

#### Víctor Heredia el francés

«Es un hombre de cierta edad aunque con un rostro fresco» en el que destacan «una mirada clara sobre una nariz de singular rectitud, sin caballete, y una boca descarnada, recta como la nariz» (45). Tiene una «melena blanca» (44), «torso robusto y cuadrado, manos vulgares cortas y romas» (48). Él mismo explica sus orígenes, «una familia cubana emigrada a Haití durante las revueltas de fines de siglo contra la dominación de España (...) Habían desterrado el uso de la lengua española, que para ellos traía solo recuerdos de barbarie, revolución e impaciencia» (50). Vive en París con su hijo André de doce años.

## EXTRACTOS

### I

[Presentación de Branly]

En París, sentados anta una mesa del selecto Automobile Club, el conde de Branly habla con un amigo, que se convierte en el narrador al transcribir para el lector el largo diálogo. «La palidez de mi amigo no era insólita», son las primeras palabras del relato.

«No, añadió, no caeré en el lugar común. No diré que a los ochenta y tres años estoy de regreso de todo. Solo dicen esto quienes nunca han ido a ningún lado. [Es] una pretensión creerse a salvo de todo asombro. Acaso, menos que una pretensión era, simplemente, una estupidez. Solo una profunda inseguridad nos llevaría a sufrir [la pérdida] de nuestra innata capacidad de maravillarnos» (10).

### II

[El viaje a Cuernavaca]

«Mi amigo acogió con alegría la proposición de viajar a las ruinas toltecas del valle de Morelos, sobre todo en compañía de Hugo Heredia, uno de los arqueólogos más notables de América Latina» (13). A Heredia lo acompaña su hijo Víctor, de doce años. Heredia «poseía esa característica de los latinoamericanos cultos: sentirse obligados a saberlo todo, leerlo todo, no darle al europeo cuartel ni pretexto. Sobre todo, demostrarle que no hay excusa para desconocer a los demás» (16).

«Heredia se abstenía de darle toda la razón a Dios, a los individuos, a la historia o al dinero, pero tampoco se la quitaba a ninguno. —No sé si los dioses existen; sí existe la imaginación de un mundo sagrado» (16-17).

«Padre e hijo compartían esos modales ceremoniosos que son la más segura evidencia india de México; los españoles son casi siempre ruidosos y brutales» (18).

«El sol comenzaba su carrera impaciente por llegar al mediodía (...) Le ofuscó ese sol que ahora escalaba el cielo (...) Su mente corría por varias avenidas simultáneas» (21).

### III

[El juego de los Heredia]

Branly vive en París; su mujer cerca de Burdeos. «La condesa enfermó súbitamente y Branly acudió a saludarla en el castillo cerca de Cahors» (23).

En París, los Heredia, huéspedes de Branly, ponen en marcha su juego, localizando un Víctor Heredia que no muestra interés en el juego: «Que se diviertan a costillas de su puta madre dijo la voz y colgó» (33).

Aun así, Branly lleva a Víctor a la casa, en Clos de Renards (35). En la escocia del dintel hay una fecha: A.D. 1870. Nadie responde, pero «al mirar hacia el segundo piso de la casa [Branly] vio asomada nerviosamente a la ventana una silueta» (36).

#### IV

[Impasse]

En la librería de Branly «los anaqueles bien surtidos eliminaban las exigencias decorativas del vacío» (37). Segunda visita a la casa del Heredia francés.

#### V

[Incidente en casa del Heredia francés]

«La búsqueda de Víctor Heredia fue similar [a la sensación] de estar vigilando un espejo en espera de que se atreviese a mostrar su figura ausente» (42).

Frente a la casa, Víctor da una nueva muestra de crueldad cerrando «con una violencia atroz, que resumía sus opciones en una especie de desesperación horrenda, la puerta del Citroën, prensando los dedos del chofer que la mantenía abierta» (44). El Heredia francés surge y les invita a pasar para atender al herido.

#### VI

[Semblanza de Heredia]

Heredia explica sus orígenes. La relación entre Branly, aristócrata, y Heredia, burgués es civilizadamente hostil. «No le aconsejo despreciar nunca a quienes le contrarían por el simple hecho de haberse ganado la fortuna propia en vez de heredarla cómodamente». Branly responde: «Todo lo que se tiene se compró, se heredó o se hurtó. No somos tan distintos como parece creer» (50/51).

#### VII

[El accidente de Branly]

Incómodo por lo que considera impertinencia del Heredia francés, Branly inicia una fuga enloquecida en medio de la noche y se estrella contra un encino. «Hay actos que se cumplen solo porque los tememos. Nuestra prevención inquieta los átomos de la probabilidad y les permite adquirir actualidad» (56). Branly «recuerda que despertó en una cama de baldaquín. —No se preocupe, señor conde, dijo Heredia el francés, ha sido usted bien atendido. Lo encontré al regresar del hospital. Mi hijo André y su amiguito me ayudaron a trasladarle hasta aquí. No son más que lesiones superficiales, no hay nada roto, pero el doctor aconseja que guarde usted lecho por algunos días» (57).

Desde la cama, Branly «recorrió con la mirada el jardín (...) vio a las dos figuras, tomadas de la mano. Le costó distinguirlos (59). Victor Heredia el mexicano contestaba a las preguntas del otro muchacho. La voz de André era de una dulzura incomparable, detenida entre la niñez y la pubertad pero sin las resquebrajaduras que tanto afean este tránsito» (60).

Branly «había decidido no irritarse más; Heredia era, en cierto modo, un libro abierto con la singularidad de que cuanto en él se leía debía ser entendido en otro sentido [lo que] cancelaba sus propias interpretaciones [tan inútiles] como las pesquisas de la policía en *La carta robada* de Poe; el objeto buscado estaba siempre a la vista de todos. La “carta robada” de Víctor Heredia era su hijo» (62).

#### VIII

[Branly reflexiona sobre la vejez]

«Una de las ventajas de los países antiguos es que aprenden a cuidar bien a sus viejos, porque en ellos se miran retratados. Los países jóvenes tienen prisa y les niegan a sus viejos la inteligencia, el respeto y, al cabo, la vida (...) Si no por otro motivo, soy digno de vivir porque tengo una biblioteca en mi cabeza. Si mañana amanecieran vacíos todos los libros del mundo, unos cuantos viejos podríamos escribirlos de nuevo» (65).

## IX

[Convalecencia de Branly]

Víctor quiere subir a ver a Branly, pero André se lo impide: «Te prohíbo que hagas nada que yo no pueda hacer, ni yo haré nada sin ti (...) Rieron e iniciaron una de esas onomatopeyas infantiles que recuerdan simplemente las epopeyas adultas, con voces imitando el disparo de los cañones y la cabalgata de las brigadas» (76). En su encierro, Branly evoca su niñez, su juventud, divaga: «¿Cómo es la sombra de un sueño?» (79).

Desvarío de Branly respecto al Heredia francés: «¿Es usted un vampiro?». Heredia se le acerca con un espejo para que vea su imagen reflejada en él (80).

## X

[Divagaciones de Branly sobre su pubertad]

«Tu sueño es verdad, tu sueño es cierto porque es tu sueño, tu sueño no es un sueño si realmente sucedió, tu sueño es mentira» (81).

## XI

[Recuerdos de adolescente: Myrtho]

Branly rememora lo que hacía el 28 de junio de 1914 «mientras el terrorista serbio Gavrilo Prinzip hacía lo que hizo» en Sarajevo (91): «La molición sensual de la alcoba de Myrtho retenía su imaginación entre una montaña de sábanas, fundas, edredones y corpiños desechados, medias negras y botines sin agujetas; la parafernalia sensual de la ropa de aquella época, cuando todo sabía más porque costaba más (...) Antes de la Gran Guerra los jóvenes ingresaban más pronto a la existencia adulta porque el promedio de vida para los hombres en Europa era de treinta y ocho a cuarenta años (tisis, difteria, escarlatina, viruela, sífilis, tifoidea, malaria, oncocercosis, silicosis, envenenamiento con dorado de mercurio), de manera que tener dieciocho años era ya la mitad y no, como hoy, el inicio de la vida. —Hoy se trata de prolongar, a veces indecentemente, la juventud. ¿Ha visto usted a esos sexagenarios que persisten en disfrazarse de *boy-scouts*? Antes del 14, se trataba de ser adulto cuanto antes». Branly recuerda las dificultades para desnudar a una mujer: «Esa ropa abundante, difícil y formal aumentaba el placer sexual: el premio requería esfuerzo, las sorpresas eran máximas y las adivinanzas temibles. Las noches eran más lentas» (92).

«Cuando pasé a verla esa noche estaba acompañada de un general. Tuve que cuadrarme. Ella miró mi medalla y me dijo con burla que era de chocolate; después de todo, ¿no tuvimos que retirarnos de Charleroi? Te condecoraron por una derrota, río Myrtho» (96).

## XII

[Alegoría de la zorra europea]

«Me cuenta que jamás regresó a Monceau, disfrazando el miedo de pudor, hasta hace muy poco tiempo, cuando después de cumplir los ochenta, decidió repetir la jornada de su licencia del año 14 (...) Busca con los ojos el balcón de Myrtho.

—Pobre Myrtho. La vi una vez, arruinada y tísica, antes de morir. ¿Era esta la dulzura de la vida?» (97).

Volviendo a la historia del Heredia francés, «Branly, mi amigo perseverante y metódico en sus pasiones y sus obsesiones [olfateaba] los rincones de esta villa perdida en los suburbios de París, oasis empolvado, arrinconado por la fealdad industrial, las tiendas de descuento, los arcos de neón» (99). Branly se siente con fuerza para subir a la mansarda. Allí descubre que la vieja dama vislumbrada desde afuera es en realidad un cuadro «iluminado por la luz adyacente propia de los retratos femeninos de Ingres y, como ellos, esta era una figura neoclásica a punto de ser romántica, racional pero al borde de la locura, vigilante pero en la esquina del olvido» (100).

Heredia explica que la dama del cuadro es una alegoría de «la zorra europea aparecida en La Guaira en las vísperas mismas de la independencia para trastornar a los jóvenes con sus [ideas]: Hacer la revolución en nombre del pueblo pero en beneficio propio (102). Ella se hizo de rogar; pero esa era su manera de conquistar al ingenuo indiano, al plantador de las Antillas, y capturar su fortuna haciéndole creer que ella no la necesitaba. Cuando él se dio cuenta, era tarde. Ella se había adueñado de todo. Su venganza fue mandarla pintar así» (102).

«Las revoluciones criollas no se hicieron para tener libertad, igualdad, fraternidad, sino para tener Napoleón. Ese era y sigue siendo el deseo secreto de las clases dominantes de la América Latina. La consagración bonapartista. Un simple asunto de quítate tú para ponerme yo, afuera los españoles y adentro los criollos» (102).

«Las colonias inglesas enriquecen a los súbditos ingleses, pero las colonias españolas solo enriquecen a la corona española. España no crece, pero el patrimonio de sus gobernantes sí» (110).

### XIII

#### Clemencita

La dama pintada en el cuadro no es solo una alegoría. Fue también la mujer de Francisco Luis de Heredia, un indiano «que se casó con Mademoiselle Lange creyéndola heredera» (109) de una fortuna. Heredia es descrito como «señor de horca y cuchillo, cruel y envejecido, más viejo cuando más cruel gracias al ron barato de las cantinas, más cruel mientras más enfermo gracias a los oscuros males de los prostíbulos» (110). Durante un tiempo, consiguió favores de hombres importantes cediéndoles las «carnes blancas» de su mujer. «Cuando dejó de servirle la mandó guardar en ese despeñadero de La Guaira, recordó Clemencita» (110).

Clemencita, la asistenta de la Mamasel, era «una nana más joven que ella, trece años nomás, una mulatica llegada de Puerto Cabello a mendigar en las calles de La Guaira» (111).

### XIV

#### La Mamasel

«La mulata le acarició la cabeza rayada de gris a su niña vieja y le dijo pobrecita bordona, yo no sé adónde tú quieres viajar, pero a tu país ya no vas a regresar nunca, no creerás que tu marido con su nueva mujer y su hijo va a querer tenerte allá junto a él en los Parises, pero ella dijo que eso no importaba si ella lograba ponerse el vestido de baile y verse en un espejo, porque estaba segura de que entonces lo volvería a conquistar (...) Pero la ausencia de espejos en la casa era decisión de Clemencita, para que su ama se sintiese siempre muchacha y no tuviese nunca la sensación de envejecer» (114/115).

«Cuando la segunda señora de Heredia supo que la viejísima nodriza mulata andaba contándole estas cosas a [su hijo] Víctor, pidió que la despidiera, pero el señorito cruel y enfermo se rio de ella, y le dijo que nadie podía compararse a la belleza de la mamasel gabacha cuando llegó a La Guaira» (115). Heredia consideró que «no estaba mal que su hijo creyese ser hijo de la mamasel y no de esta provinciana distinguida y legitimista, pero insulsa y redicha» (116).

Heredia vuelve a prostituir a su primera mujer. «El que ya la había vendido y humillado de joven, ahora de vieja cómo no iba a explotarla y humillarla arrastrándola hasta Veracruz, para librarla allí a esa tropa ebria. Ah, Clemencita, me dijo Francisco Luis, eso es lo que va a hacer, bailar en (...) el gran cinturón prostibulario de la invasión napoleónica de México, por donde los soldados fueron regando hijos de ojos claros y piel morena» (118). «Ah, pobrecita mi niña, mi bordona convertida en princesa de burlas. Una noche la encontré muerta, vestida con su traje blanco frente a un espejo en ese burdel a donde la llevó su horrible tirano. Mire usted lo que tenía en el puño: media moneda de oro. Su última paga. Un oficial se burló de ella y le dio una moneda partida por la mitad» (119).

El Heredia francés prosiguió la narración: «Mi madre murió en un burdel de Cuernavaca, donde tenía su palacio de placeres el emperador Maximiliano. Pero quién sabe dónde la enterraron, porque el obispado tenía prohibido que a las mujeres fáciles se les diese reposo en sagrado» (119). La muerte sucedió «una noche de agosto de 1864» (121).

## XV

[Víctor y André]

Dice Branly: «Esta historia me fue contada por varias voces, la de Heredia y la de su padre Francisco Luis y su segunda mujer; por Clemencita y mademoiselle Lange. Pero no contaron su propia historia, porque su historia era la de otro Heredia. El joven. El niño Víctor Heredia. Creo que Víctor Heredia el francés (...) hoy era un niño llamado André. Y Víctor el mexicano era el prisionero de André» (126).

## XVI

[El niño tras la ventana]

«Estoy de pie sin decir palabra, dando la espalda al niño que me mira. La mujer avanza por la avenida. El niño nos mira desde la ventana. Veo a los dos, el niño y la mujer, y sé que ambos tienen dificultad en separar el día de la noche. La mujer mira al niño de la ventana y le dice que no tenga tanta pena en distinguir los cielos más profundos del corazón agitado y sin fondo que es el suyo. La mujer le habla al niño como si yo no estuviese allí, detenido entre los dos. Ella pasa junto a mí; extendiendo las manos en solicitud de auxilio pero ella se retira mostrándome los jirones de satín blanco del traje de baile (131). Dentro del hotel arrulla al niño como la mulata la arrulló a ella (132). Yo espero para siempre afuera. Ella no regresará jamás. Ella me ha condenado a muerte porque no tuve paciencia para recordar al niño y para ella esto es un espantoso abandono» (133).

## XVII

[André sodomiza a Víctor]

Branly ve sus criados cargando maletas a la puerta de la casa de Heredia. Cuando baja, ellos se esconden. Al mirar el interior del Citroën descubre a Víctor y André desnudos: «Quiso taparse los ojos; pero más que la brutal cópula de los adolescentes, le deslumbró el

brillo de los objetos; Branly se arrojó dentro del coche sobre los cuerpos desnudos e intentó separar las dos manos más que los cuerpos: las dos mitades brillantes, una en la mano de André, la otra en la de Víctor, se unieron como un objeto de metal fundido a otro. Branly tocó esa cosa, primero con la idea de impedir la unión de sus partes, en seguida para romper lo que logró unirse. Gritó con los dedos quemados al tocar esa cosa dura, fría, ardiente como moneda, hielo y llama fluida como una cañada que horas antes era pura nube (...) Levantó el bastón y estuvo a punto de dejarlo caer sobre los cuartos traseros del monstruoso André, que en la postura del macho le daba la espalda a Branly pero volteaba el rostro para reír y guiñar los ojos claros. Entonces, dice, él solo miró los ojos lastimosos del joven Víctor (137). Pero en realidad la mirada del joven Víctor Heredia lo paralizó de terror (...) rogándole que no interrumpiese algo que él no entendía porque venía de muy lejos» (138).

El narrador pregunta a Branly: «—¿Hubiera usted preferido nunca conocer a los Heredia? —No, no conocí a los Heredia, contestó mi amigo después de una pausa. Me conocí a mí mismo» (140).

## XVIII [Un final]

Branly decide abandonar la casa de Heredia: «—Vengo a despedirme. No quiero hacerlo sin decirle que no tengo motivos para agradecerle nada. Soy un hombre de honor y usted un pelagatos deshonesto. Lamento que mi edad me impida darle una paliza. No merece usted otra cosa (144). Añado algo. El vicio inglés no me espanta; puede ser parte necesaria de la educación de nuestros jóvenes. Pero hay que saber distinguir si el *partenaire* es de la misma clase o de una inferior; a este, se le paga. ¿Cuánto debo pagarle a André por sus servicios sexuales para con Víctor?» (145).

«Heredia se movió con un ruido subterráneo de cadenas soldadas a ladrillos y cayó sobre él como una montaña de piedras sueltas arrojándolo contra la pared, apresándole allí con su cuerpo mal hecho, corto y grueso» (145). Heredia dice a Branly «que no imagina lo que es saber a su madre tan mal enterrada en una barranca, que los perros y los buitres lograron escarbarla y devorarla mientras el niño esperaba a que su padre indiano regresase de rehacer la fortuna en Cuba y en México, el niño solo pero con la esperanza de que su madre regresase también, solo que nunca regresó porque había sido banquete de la soldadesca primero y de las bestias feroces después, y el niño sin nombre miraba detrás de los cristales biselados y solo una vez otro niño, él, estuvo a punto de reconocerle, jugar con él, admitir su existencia y no se atrevió, por eso iba a pagarle, y cuánto le pagó el capitán francés a la mamasel gabacha en el burdel que era parte del negocio de Francisco Luis. ¿Quién era inferior, la mamasel o el mamado? ¿quién debía pagarle a quién, Branly, tu padre a mi madre o tu madre a mi padre, quién le hizo el favor a quién viejo cabrón si la mamasel se creía tan bonita y tan joven cuando se acostó con el capitán del ejército francés de México como cuando se acostó con Francisco Luis medio siglo antes?» (146).

«—Miente usted, dijo Branly, miente o se confunde en todo. Mi padre no alcanzó a ir a la expedición mexicana, no había nacido. Solo nació en 1870. Mademoiselle Lange, la primera señora de Heredia, tenía entonces setenta. No podía concebir. Usted es hijo de la segunda mujer de Francisco Luis. —Las verdaderas generaciones no tienen nada que ver con la cronología pedestre. —¿Qué quiere usted decir? —¿No lo vio abajo? No está bien terminado. Las piernas, el vientre. Mal acabado. —Me gustaría saber el nombre del niño al que no supe tenderle la mano hace setenta años. —André, mi nombre es André. —Como su hijo. —No, como yo. ¿Sabe usted por qué no aparezco de día? Yo se lo diré. Los verdaderos fantasmas solo se aparecen de día, conde. —¿André debió ser hijo de Francisco Luis y

mademoiselle Lange?, preguntó, titubeante, Branly. —Lo es, señor conde. Esto es lo único cierto de esta farsa» (147/149).

«Entonces. “Heredia” tomó de un brazo a mi amigo obligándolo a inclinar la cabeza primero, el torso después. —Mira vejete hijo de puta viejo güevón coño de tu madre Víctor Heredia ya no pertenece a tu tiempo sino al mío y mi hijo ya tiene el compañero que yo no tuve (...) Con un brazo rodeando el cuello de Branly, “Heredia” levantó con la mano libre las hojas del montacargas y empujó la cabeza de mi amigo hacia el hueco del ascensor. —¿En qué piensas, vejete? ¿crees que al salir de aquí vas a echarme a la policía encima, exigir que devuelva a Víctor? Olvídate, cerdo. Víctor y André ya no están aquí, ya no son André y Víctor, son un ser nuevo y distinto. Pueden pasar frente a tus narices en un café [y] no los reconocerías. La verdadera locura es la que pasa desapercibida (150).

«Grité aterrado por esa visión y por la sensación de mi muerte próxima» (152). Al escuchar sus gritos acuden sus criados y, en el forcejeo con “Heredia”, este cae por el hueco del ascensor. Los criados informan a Branly de que el chofer ha desaparecido y de que Hugo Heredia ha regresado a México. Branly reflexiona sobre “Heredia”: «¿Cómo iba a ser hijo de Francisco Luis y la mamasel, que se conocieron en 1812 y se separaron para siempre en 1864? ¿Cómo aun siendo hijo de Francisco Luis y su segunda mujer pudo haber sido un niño contemporáneo de Brandly» (153).

Escoltado por sus criados, Branly sale de la casa. Junto al Citroën les espera el chofer para desconcierto de los criados. «Le hubiera sido tan fácil decirles, Hugo Heredia lo compró, igual que a ustedes» (154).

## XIX

[La historia contigua]

«—No me costó adivinar que Hugo Heredia había corrompido a toda mi servidumbre. Era el corolario fatal de esta historia y la única acción que reunía tantos hilos dispersos» (158). Brandly despidió a sus criados y al chofer corruptos (162) y se fue «a México a buscar a Hugo Heredia» (165). Hugo ha explicado la ausencia de Víctor diciendo que murió ahogado en Francia (167).

## XX

Hugo Heredia

«Los Heredia de México somos carne de presidio liberada de las mazmorras de Cádiz y Ceuta a cambio de la participación en las empresas de conquista de Indias. Teníamos mujeres indias e hijos mestizos en gran número y también tierras en gran extensión. Podíamos ser hidalgos con venganza, patricios holgazanes, poltrones, parásitos. Heredia es el nombre de muchos patriarcas, jueces y carceleros que sobrevivimos tres siglos porque hicimos creer a esa multitud de seres en andrajos que gracias a nuestra protección paternal y a nuestra consolación religiosa, ellos también seguían vivos» (171).

«Cuando yo nací, en 1931, mi destino estaba sellado: las profesiones o la picaresca. Yo, un criollo en busca de su grandeza perdida, solo podía hallarla entre los monumentos del pasado de mis víctimas» (172).

«A Lucie mi esposa la conocí en el Instituto Francés de América Latina, donde toda mi generación fue a aprender cine, literatura y sobre todo la civilización que creíamos mantener durante los años en que Francia se apagó. Lo primero que Lucie me hizo notar es que cuanto le conté sobre mis antepasados estaba jalonado por ese extraño amor a Francia que supuestamente nos salva a los latinoamericanos de la vieja subordinación hispánica y de la nueva subordinación anglosajona. [A Lucie] le debo mucho. Ella no tenía pretensiones



orgullosas como las mías. Completó mi información, mi cultura. Se divertía en recordarme que mi país hizo una revolución de independencia porque algunos hombres leyeron a Rousseau y Voltaire, una contrarrevolución ilustrada porque otros leyeron a Comte y una nueva revolución intelectualmente inflamada por Bergson. La percepción, la disciplina, la capacidad de trabajo de Lucie fueron la fusta de una cierta ambición mía, una decisión de leerlo todo, saberlo todo, relacionarlo todo y no sucumbir a esa gangrena reductivista de nuestro siglo que se traduce hoy en divorciar al pasado del presente, con el propósito de que el pasado sea siempre algo muerto. La novedad en el arte, la ropa, la diversión, las máquinas, se ha convertido en el certificado de nuestra felicidad. Así somos drogados» (173).

Una noche fueron a un baile de máscaras. Hugo describe a Lucie como la mujer que Branly vio pintada en la mansarda de París: «Ella entró flotando al salón, bellísima en su atuendo del Primer Imperio, las gasas y tules vaporosos» (177). Allí, Hugo conoce a un hombre que describe como el que conocemos como el Heredia francés: «Mi madre, dijo, vino de Haití a La Guaira huyendo de las insurrecciones de negros». Molesto con su presencia, Hugo aborta la conversación (178).

«El accidente ocurrió esa Navidad, cuando Lucie y su consentido Antonio viajaron a París a visitar a los parientes de mi esposa» (180). «No supe darme cuenta de cómo fue cambiando Víctor. Su luto no tuvo verdadera compañía y mi temor era que la buscara en el peligro: es decir, en lo desconocido. Tuve percepciones cada día más claras [de] la altanería gratuita de Víctor para con los inferiores, sobre todo los sirvientes» (182).

En la excavación de Xochicalco, Víctor se arrojó desde un precipicio gritando y con las manos ensangrentadas. «Cuando regresamos a México, me confesó lo que sucedió. [Mientras exploraba el templo tolteca, vio una rana introducirse en una grieta. Al intentar cogerla sus dedos tocaron] una superficie de una tersura incomparable, semejante a un vidrio caliente, algo que no podía describir, una unidad de tal manera excelente, sin fisuras, como una poderosa gota de oro cóncavo; las manos humanas nada podían otorgarle a esa perfección que, sin embargo, no era natural; había sido confeccionada. Mi hijo sintió un odio invencible hacia ese objeto perfecto que nada le debía a él ni a nadie; tomó una piedra filosa y golpeó el objeto hasta partirlo por la mitad y despojarlo de una belleza que era sinónimo de su unidad. En la furia de su empeño se cortó una mano y arrojó lejos una mitad del objeto; corrió con la otra, empujado por una fuerza vergonzosa, hacia el precipicio, arrojó todavía más lejos la segunda mitad que le quemaba las heridas y solo entonces gritó y cayó (...) Víctor había aprendido los usos del poder arbitrario, pero había perdido, de paso, la memoria de la unidad del tiempo. No era mi propósito que esto fuese así, sino que la autoridad humana sirviese a la memoria de las civilizaciones, el sentido de nuestra presencia al sentido de cuanto nos precedió» (184).

«Fue Víctor el primero en proponer que buscásemos nuestros nombres en los directorios telefónicos de los lugares que visitábamos [proponiendo] que el que perdiera le debía dar un premio al que ganase (187). En Monterrey encontramos un “Víctor Heredia” en el anuario. Víctor me pidió que le llevase a conocer a su homónimo. No hubo cara de asombro en el hombre que nos recibió. El asombro fue todo mío. Recordé al hombre que [conocí en] Caracas mientras mi bella Lucie bailaba envuelta en gasas blancas (189). Digo que recordé porque este “Heredia” no era exactamente el otro; solo me lo recordaba (190). Mi intuición me dice que en esos momentos Víctor dejó de ser mío, pasó a manos de “Heredia”, y que para amar a mi hijo, tenía que seguirle a donde le condujese este demonio» (191).

Más tarde, en un bar, Hugo coincide con “Heredia”, quien le ofrece proporcionar a Víctor un hermano que sustituya al muerto. Hugo compara esa unión con la de los dos trozos del objeto roto por Víctor (193). «Luego [me contó] viejas historias de su pasado familiar. Le escuché con cierta perplejidad, pues abundaban en su historia las faltas de sintaxis histórica,

las fechas no coincidían y al cabo era difícil saber si escogía a su gusto personas y calendarios para fabricar la historia genealógica que más le acomodaba. Conocí la historia de un tal Francisco Luis y sus dos mujeres. Nunca entendí si mi interlocutor era hijo de la primera mujer de Francisco Luis, cosa fisiológicamente imposible, pues entonces yo estaría hablando con un hombre de más de ciento sesenta años; o de la segunda, y entonces debió nacer entre 1850 y 1900. Y sin embargo, él insistía en referirse a la primera esposa de su padre como “mamá”» (194).

Esa noche, “Heredia” se encerró durante media hora con Víctor. «Nunca volví a ver a “Heredia”» (195). Cuando Hugo pregunta a Víctor quién estuvo con él, el niño responde: André. «Se llama como quiere. Fue niño con nosotros y envejece con nosotros» (197). Víctor recobró la mitad del objeto (196).

## XXI

[Dumas y Heredia]

Branly da por concluida la conversación con el narrador y se sumerge en la piscina del Club. «El lago tranquilo se transformó en un oleaje encrespado y vi a Branly levantar un brazo, combatir ese hervor de las aguas y luego sucumbir; me clavé detrás de él [hasta] llegar a mi amigo, rodear su cuello con mi brazo y nadar hacia el borde de la alberca. Los ayudantes se acercaron corriendo a auxiliarnos (...) Más tarde lo conduje a su casa» (207). El narrador deja a Branly en su dormitorio y recorre la biblioteca. «Me detuve con cierto amargo deleite al reconocer los títulos de algunos libros que habían aparecido en el curso de esta narración: *La Duchesse de Langeais* par Honoré de Balzac, *Méditations de Lamartine*, *Poésies de Jules Supervielle*, *Les chants de Maldoror* par Lautréamont, *Les trophées de José María de Hérédia*, *Imitation de Nôtre Dame la Lune* par Jules Laforgue y *Mémoires de M. Alexandre Dumas*» (208).

Entre los libros de Dumas, el narrador encuentra una nota acerca de un intercambio de niños sucedido en 1870 entre A.D. (Alexandre Dumas) y el dueño de la casa que hemos conocido como mansión de Heredia el francés: «Inscribí sus iniciales y la fecha en la escocia del dintel» (209).

## XXII

[En el umbral de la muerte]

«Visité algunos días después la propiedad del Clos des Renards. Había un gran trasiego de camiones y obreros. Dentro de la casa, los trabajadores la estaban transformando por completo. Noto, sin embargo, que la inscripción en el dintel, *A.D. 1870*, no ha sido tocada. Pregunto a los obreros el nombre del propietario. Nadie sabe nada» (211).

Branly nombra por primera vez al narrador: «En 1945, Fuentes, usted se quedó a vivir entre Buenos Aires y Montevideo, no regresó a su México nativo, se convirtió en un ciudadano del Río de la Plata y en 1955 pasó a vivir en Francia y se hizo más francés que otra cosa. Imagine si hubiese regresado a México al terminar la guerra y se hubiese arraigado en el país de sus padres. Imagine que publica su primer libro de cuentos a los veinticinco años y su primera novela cuatro después; habla usted de México y los mexicanos (...) Queda siempre identificado con ese país y su gente» (215/216).

Al despedirse de Branly, Fuentes ve en una estancia a la mujer de Hugo Heredia, de hinojos y cubriéndose el rostro: «Lucie, le digo, Lucie, ya descansa, ya déjalo en paz, ya te sirvió, ya te devolvió a tu hijo, como mejor pudo, dale las gracias por eso es un hombre bueno» (218).

«¿Tenemos todos un fantasma que nos acompaña a lo largo de nuestra vida sin que jamás lo veamos? ¿es nuestra muerte la condición para que nuestro fantasma encarne? ¿quién, entonces, va a acompañarnos en nuestra muerte? ¿el fantasma de nuestra vida, el único que nos recuerda verdaderamente? ¿cómo se llama ese fantasma? ¿puede ser distinto de lo único que simultáneamente es fantasma y muerte en nuestra vida: nuestra juventud? Todos estos enigmas, si no su solución, están cifrados en el rostro oculto de Lucie. Lucho por apartar las manos del rostro de la mujer y no puedo reprimir un grito de angustia. Sé finalmente del canje diabólico por el que vendemos nuestra alma a fin de no estar solos en la muerte. La mujer grita también cuando la descubro; primero su grito es de miedo; en seguida es de dolor. No es una hipótesis. Lucie va a vivir apenas muera mi amigo Branly. Quisiera regresar a su recámara y preguntarle si él sabe que cuando muera él será, como ella lo ha sido hasta ahora, el fantasma de la mujer» (219/220).

«Mi Lucie me lo dice, estás envejeciendo rápidamente, Carlos; no eres de aquí nunca más serás de allá. ¿Conoces a tu fantasma? Tomará tu lugar apenas mueras y entonces tú serás el fantasma de quien fue, en tu vida, tu propio espectro. No lo has podido asesinar, por más que lo has intentado» (220).

### XXIII

#### El verano de San Martín

«No sé quién es el ser que me acompaña, nonato o regresado de entre los muertos» (225). ¿Tengo derecho al enigma que me ha perseguido durante la caminata nocturna de la Avenue de Saxe a la Place de la Concorde? ¿Por qué me conocía Lucie? ¿Sabía acaso que su marido, Hugo Heredia, me había esperado en vano frente a la fachada barroca de la Escuela de Mascarones para ir juntos a la Librería Francesa del Paseo de la Reforma, (...) caminar hasta el Instituto Francés en medio del polvo inquieto de los crepúsculos mexicanos, (...)? ¿Fui yo el amigo que le faltó por haberme quedado a vivir en la Argentina, a Hugo Heredia? ¿Fue él el amigo que yo no tuve en la numerosa soledad porteña de mi juventud?» (224).

Empujado por su «acompañante invisible», el narrador llega a la piscina del Automobile Club donde tuvo lugar «el ensayo de muerte de Branly. Un inmenso silencio desciende sobre la placidez muerta de las aguas. En el centro de esa nata color de esperma flotan abrazados los dos cuerpos. Son dos fetos doblados sobre sí mismos y abrazados como siameses» (225). Son fetos muy viejos, como si hubiesen durado nueve siglos en el vientre de su madre (...) Ahora, veo con nitidez fotográfica las caras de los niños que se volvieron viejos en las de esos dos fetos flotantes. La voz junto a mí me dice al oído, no quiénes son ellos, sino quién soy. — Heredia. Tú eres Heredia» (226).

«Me retiro con gran tristeza, sin dar la espalda como si me despidiese para siempre de un héroe prisionero, de un dios enterrado en vida, de los ángeles ahogados y la voz de mi fantasma me persigue hasta la puerta» (226).

### Sueltos

«Una navajilla del aire indicaba ya la proximidad del otoño» (23).

«La patria final de un latinoamericano es Francia» (29).

«El francés es como mi jardín, elegante; el español, como mi bosque, indomable» (50).

«En las culturas latinas solo creen en Jesús porque Roma lo adoptó» (143).

«—¿Cuántos siglos de corrupción humana han pasado para que usted tenga esas manos tan delicadas y puntiagudas, señor conde? —Por lo menos desde que san Remigio convirtió a Clodoveo al catolicismo» (145).

«Por encima de todas las cosas yo creo amar dos composiciones, el cuarteto “Emperador” de Haydn y el trío número dos para piano, violín y cello de Schubert» (Narrador, 158).

«En la corte de Carlos III el soborno se llamaba pomada mexicana» (163).

«El latinoamericano es una especie de *capitis diminutio*, es decir, un hombre que convierte en melodrama cuanto toca: la tragedia le ha sido vedada. Oiga las canciones, lea las cartas de amor, escuche los discursos» (185).

«Hay personas, sobre todo mujeres, que parecen siempre a punto de llorar y lo cierto es que solo son gentes de particular bondad, de emoción retenida o de timidez flagrante. A veces son solo seres humanos conscientes de un dolor ajeno» (207).

«Siempre me he dicho que en Dumas los libros son verdaderamente como el hombre, glotones, gozosos, abundantes, generosos, límpidos pero secretamente eróticos, insaciables» (209).

### ESTILO

La narración tiene el aire fantástico de Poe, con su obsesión por lo espectral y el léxico tremendista: oscuridad tenebrosa, visiones, espanto, terror, atroz, horrendo, pavoroso, diabólico...

En los diálogos, utiliza comas y puntos en lugar de guion largo para separar las voces del personaje y el narrador:

«—No, añadió, no caeré en el lugar común;» (10).

«—El siglo es mi hermano, dijo entonces, hemos vivido juntos» (11).

«—Nada más lógico, terminó» (13).

«—No, después, dijo el niño» (15).

En alguna ocasión, ni comas: «—Que se diviertan a costillas de su puta madre dijo la voz y colgó» (33).

Es lingüista: «El nosotros de las lenguas romance, nos y otros, yo y los demás» (9); «El *olé* taurino es una antiquísima palabra árabe, *wallah*, invocación, saludo a Dios» (186); palabras poco usuales: obsedido (por obedecido), insipiente (falta de sabiduría), oncocercosis (enfermedad), obverso (no en el DRAE), dagrón (no en el DRAE).

Es erudito: En los primeros diez minutos de lectura ya ha mencionado a Corot, Dante, Descartes, Erasmo, Holbein el joven, Orfeo, Popol Vuh, Sartre, Tomás Moro y Valéry, menciones cultas que no se prodigan a lo largo del relato: Balzac, Bergson, Bernhardt, Blake, Bruegel, Cervantes, Char (René), Comte, David, Delacroix, Donatello, Dostoievski, Dumas, Flaubert, Goethe, Hahn, Haydn, Huxley, Ingres, Laforgue, Lafayette (Madame de), Lamartine, Lautréamont (Ducasse), Lope de Vega, Marco Polo, Marx, Mauriac, Moore (Henry), Moreau, Morand (Paul), Musset, Neruda, Nerval, Paz (Octavio), Poe, Proust, Pushkin, Quevedo, Rimbaud, Rodin, Rousseau, Schubert, Schwitters, Sterne, Vallejo (César), Velázquez, Voltaire, Zurbarán.

Incluye numerosos textos en francés: *il m'a eu, cassoulet, trompe l'oeil, faux pas, la grasse matinée, Je dis á cette nuit: «Sois plus lente», Et de mourir aux lieux où je goûté la vie!, bavardage, politesse, gaucherie, pied-à-terre, c'est pas chic de ta part, Tournez le dos à cet homme, mais restez auprès de lui, Tant pis, mon ami, Il y a longtemps que je t'aime*

*jamais je ne t'oublierai...* Y algún extracto de *Les trophées*, libro de José María de Hérédia: «*La bête épanouie et la vivante flore*», «*Fatigués de porter leurs misères hautaines*».